

X

EPIFANIA DE LA ENFERMEDAD

No hay amor —ha dicho Cristo— “como el que da la vida” y así debe de ser cuando con esta fórmula nos hizo la demostración de su ternura para con nosotros.

“Me amó y se entregó a mí.”

“¡Nadie me quita la vida. Yo soy quien la doy!”, exclamó rubricando con esa espontaneidad, el amor ardoroso con que nos hace el don de su vida y de su muerte.

Como el don total no es *para una hora de la vida*, sino *para la vida de todas las horas*, vamos a meditar reverentes y estremecidas esa etapa consagrada y cris-tífera, en que el Señor pide al alma el don de su salud, de su cuerpo joven vigoroso, de ese goce ensanchado del bienestar y de la dilatación.

Un enfermo en la Iglesia católica no es un peso ni un lastre, sino una fuerza motriz, un valor de alta economía..., como una especie de sacramento ¡reproduce el crucifijo!

Es alguien que suplanta a Cristo y sigue padeciendo por la vitalidad de la Iglesia.

La enfermedad es una gracia que se nos brinda, de incorporación a la obra redentora, algo específicamente misionero y marcadamente “cuasi sacerdotal”.

Cuando suena en la vida ese arrancón de eso tan “metido dentro” como es la salud, es como un arrancar de la casa nativa, como un exilarse a sitios yermos..., es situarnos en un cuadrante de la vida ignoto,

crucificante, estremecedor..., donde, sin embargo, Dios quiere que instalemos nuestra santidad.

Hermanos míos ¡incurables!, yo quisiera acercarme a las camas de todos los hospitales, a todos los carritos y las meridianas; a las enfermerías conventuales y a todo rincón donde un enfermo crónico está recibiendo una altísima llamada de Dios para llegar hasta El, sobre su cuerpo deshecho, llevando en la mano la antorcha esplendente de una nueva olimpiada de desbordante generosidad.

¿Qué es la enfermedad?

La enfermedad es un clamor de Jesús para que subamos al altar de su Misa, es un deseo suyo de que nuestra vida sea un continuo hacernos hostia, un secreto afán de consagrarnos y transustanciarnos en El.

No hay que pensar en la enfermedad como una “disminución”, como un rebajamiento.

Es un disparate concebir al enfermo como “inútil”.

¡Oh mis hermanas enfermas, las millonarias del amor y de la generosidad! ¡Cómo quisiera desmentir estas palabras!

¡Cómo quisiera demostrar nuestra categoría en las actividades de la santidad, nuestro sitio de privilegio en los senderos del Calvario y de la Redención!

¡La Iglesia nos necesita para completar lo que falta a la Pasión de Cristo, para llenar un hueco en su Cuerpo Místico, para hacer una Misa de tu vida, para que tu don total salve al mundo!

... ..

La vocación es un llamamiento de Dios para un género de vida.

A veces se nos revela por una lectura, por un consejo, por un impulso o por una situación.

Con métodos de traducción del llamamiento inefable.

Vocación es llamamiento y el Señor nos llama con péndulo de miradas, con vibración de labios, o con estremecimientos del corazón.

Dios no está lejos de nosotras, no tenemos necesidad de que nos llame a gritos... Está dentro, muy dentro y habla dulcemente en lo más íntimo del ser, en el más profundo centro, en el más secreto hontanar de nuestras vibraciones.

En la enfermedad la vocación no es un objeto de elección, pero sí de aceptación.

¡Qué momento inefable, aquel en que un alma acepta para siempre verse inválida, incurable y le da al Señor su salud, aceptando, queriendo, todo lo que ha querido El!

Susana es una dirigente de la Juventud Femenina de A. C. italiana.

Nacida el 26 de noviembre de 1914 en un hogar católico y en un ambiente acomodado. A los catorce años tiene que reemplazar a su pobre madre en la educación de cuatro hermanitas pequeñas.

Alta, rubia, de rasgos hermosos y serenos, modesta y silenciosa, es un alma de temple y gran voluntad.

Se ocupa de catecismo en los suburbios y se entrega jubilosamente a las tareas del apostolado. Abusa de sus fuerzas. En 1937 cae enferma por primera vez, fiebre, pleuresía. Hay alternativas de esperanza y retroceso.

Susana debe cuidarse, tanto más cuanto que sueña

con ingresar en las Carmelitas Descalzas y tiene ya el consentimiento de su padre.

Una temporada en la montaña la mejora y vuelve a la ciudad a ocupar su sitio de Presidenta parroquial de la J. I. C. F.

La guerra la sorprende con sus hermanas en una finca de sus padres algo retirada de la población; su actividad se torna más y más ardorosa.

Los años de 1940, 41 y 42 son para ella de viva intensidad.

Pero el Señor está a la puerta.

Rebrota la enfermedad y Susana comprende que significa un llamamiento a mayor intimidad con El. Dios va a introducirla en la vía dolorosa del renunciamento total y ella sabe muy bien que eso es mil veces más fecundo para la Iglesia que todas sus actividades.

Su diario nos da una sensación de serenidad, de quietud en medio del desgarramiento natural de todo el ser que lucha...

Intenta nuevos caminos para perfeccionarse y escribe bellamente:

"Hasta ahora me han atraído las manifestaciones exteriores del Amor divino, ahora voy conociendo su intraductible misterio interior...

Puede que El me haya apartado del apostolado para eso, para que comprenda que los desbordamientos exteriores no son fecundos como el ser interior.

En mis apostolados ha habido mucho de espuma, de crema y de superficie.

Yo me esforzaba por vivir mi "don exterior", con

una vida desbordada, sacrificada, sonriente para todos. Eso estaba bien, pero no era "lo esencial".

Lo esencial es *mi don interior de cada momento a Cristo*, y por El al Padre. He intentado demasiado el darme a los demás sin espíritu ni profundidad bastante. Ahora comprendo que toda exteriorización no vale sino en cuanto procede del Amor interior.

Tendré que alterar muchos valores, cambiarlos de orden y sitio, para en el instante presente, monótono y a menudo triste y vulgar, vivir toda mi idealidad, "repensando" lo profundo del Amor..., que se da, dándome con El en cada gesto, en cada sentir.

Así seré para los demás mil veces más útil..., seré como un sacramento de la Presencia divina."

Da pena tener que acortar la transcripción de páginas como éstas.

"Jesús mío, quisiera hacer locuras por Ti; te ofrezco mis pobres resoluciones de enferma; recogimiento en Ti, diálogo de amor incesante, poner un amor inmenso y apasionado en las cosas corrientes; tener presente que ninguna cosa, por pequeñita que parezca, carece de importancia, sino que en todas ellas puedo darte "la prueba de mi amor".

"Y después de soñar cosas inmensas aceptar ese ser mínima y casi imperceptible, después de haberte ofrecido vivir actos heroicos, haber dejado un misterio del rosario, porque estaba muy cansada."

La enfermedad, el malestar, no repliega a Susana sobre sí misma; al contrario, trata de dominarlo todo con serenidad y alegría y procurar que la influencia de su vida "sea la de una transparencia de Cristo".

Para unas amigas y copartícipes en faenas duras

de un difícil proselitismo, escribe estas notas, casi un testamento:

"No se hará nada en serio en el apostolado, nada fecundo en la Obra, sino alcanzando un contacto íntimo y perpetuo con Jesús. Este contacto se prepara por ratos de aislamiento, por silencio interior siempre creciente y por el despojo de todo lo que no es Jesús. Después de dos días de trabajo más intenso he llegado a esta conclusión. No estoy bastante unida a El, para que los demás lo vean en mí.

Para irradiar hay que desposeerse de sí, de lo que nos gusta, de lo que queríamos imponer, de palabras y modos demasiados humanos.

Quiero salir de eso banal y ordinario que es mi enfermedad, para dar a mis días de sanatorio un tono enteramente apostólico. Salir de lo material por la oración, por el sacrificio menudito, por la elevación de pensamiento, por hacer "algo" dentro de lo que puedo. Y con mis compañeros de sanatorio, comprenderlos, amarlos, dilatarles el ánimo..., la "comprensión" es la forma más delicada del cristianismo".

Nada la amilana y en una hora de crisis, dice a su amiga más íntima: "Hay que pensar en la Comunión de los Santos..., todo lo mío "vale", todo lo mío "paga", sirve para los demás... No dejarlo perder".

¿No es verdad, mis hermanos enfermos, que si tratamos de copiar a esta encantadora muchacha italiana, todo nuestro vivir se llenará de sol y de luminosidad?

La enfermedad comienza a ser algo glorioso, cuando se convierte en un Ecce y un Fiat a los quereres de Dios.

Se puede armonizar muy bien la enfermedad y la vida de perfección.

Todos los incurables hemos tenido una hora terriblemente misericordiosa.

Aquel momento en que supimos que “nunca” nos podríamos curar.

Ese día sin duda se produjo una crisis: ¡nuestra vida joven reclamaba! Cruzábamos la raya de una zona.

Todo era un clamor de protesta por lo que perdíamos, pero en ese momento sonaba para nosotros la campana de una vocación.

Y sin duda hubo una lucha espantosa entre el pronóstico cierto y aterrador..., los sanos no pueden medir nuestro problema, pero Jesús, ¡sí!

Jesús con su agonía del Huerto, con su Cuerpo llagado, con sus espantos y sus heridas, con su Cruz... El sí que nos entiende.

Su terror entre los olivos es algo tan nuestro, como son suyos mis temblores, mis combates y mis calenturas.

Vivió Cristo esa hora y para ella tuvo unas palabras de magnífica intención: “Ego pro eis santifico meipsum”.

“¡Yo me hago oblación y sacrificio por ellos...!”

Y con El lo han repetido luego Liduwina de Schiedam, “la enferma eterna”; Margarita de Metola, la dominica postrada y ciega; el trinitario Tomás de la Virgen, de 40 años de cama, y Consumatta y el Abate Girad y Serafinillo y una turba incontable de almas blancas y cándidas en cuerpos desfallecientes.

Todos los que unen sus dolores a los dolores divi-

nos para tener el mismo mérito de los sufrimientos de Jesús.

Porque todo depende de la intención, del impulso y de la sobreabundancia de tu generosidad.

Y así podré hablarte de esa deshecha e incansable apóstol que fue la reparadora M. María de la Virgen Dolorosa, siempre olvidada de sí; de Manolita, la angelical dirigida del P. Rubio, consumida por una gangrena implacable..., y de una sencilla chica toledana, cuya vida te aconsejo, porque supo como nadie utilizar y valorar su terrible enfermedad.

Hermana mía, la del pelo de nieve, no creas que en tu vida todo se enterró por esa parálisis, por esa elefantiasis, por ese cáncer que remata tu misión en la tierra. Mira que se te abre un almendro en flor... Tu quietud, tu inacción, tu rosario permanente, los necesita para su gloria el Señor.

Y tú, niña sonrosada, que languidesces bajo los pinos mientras dentro se te quiebran las esmeraldas de una ilusión: tu fiebre, tus vómitos, tus reposos son necesarios..., los reclama el Señor.

Y qué te diré a ti, más que hermano mi Padre Sacerdote, con unas manos que rezuman el crisma del Espíritu, con un corazón remojado en la unción que cristifica... No llores sobre tu Misal cerrado, ni sobre tu campanario de la serranía, ni siquiera sobre esas almas en las que tu paternidad hizo nacer a Dios. ¡Levántate y mira en torno tuyo!... Esas que ves a lo lejos son los millones de almas que no pueden prescindir de tu padecer. Vienen a cada momento al borde de tu cama, a la ventana de tu sanatorio, a los pies de tus parihuelas. Vienen a la sombra de tu Sacerdocio

paciente para que proyectes sobre ellas la aplicación de la Pasión de Cristo.

Las riquezas insondables de nuestras penas nos hacen proyectar sobre el mundo fatigado y ardoroso la sombra refrigerante de Cristo... ¡Epifanía de la enfermedad, revelación espléndida de nuestras crucifixiones!... Sobre todas las incomprensiones humanas... pongamos este contrapeso: nos entiende maravillosamente el Señor.

La incomprensión es la soledad del enfermo, pues por mucho que el cariño y la caridad quieran nivelarse con la dolencia y con el padecer, el enfermo es siempre un extraño para el sano que no puede entender de organismos deshechos, de sensibilidades torturadas, de esa expectación constante del último final. Ellos no nos comprenderán nunca, porque no saben lo que es ver sobre nuestras almohadas el amanecer de cada nuevo día, sentir la invitación del aire, del sol y de la luz a la fiesta del movimiento y de la actividad, contemplar en torno nuestro la fecunda germinación de ajenas (actividades) iniciativas..., como una feria permanente..., pero en ese negocio de gloria divina nosotros no podemos actuar.

Nos queda un comercio más admirable... El de servir de fermento, o de sal. La sal da sabor, deshaciéndose entera en el agua.

Señor, nosotros, los enfermos, queremos disolvernos pro eis, por los más tuyos, queremos difuminarnos de tal modo que se paralicen y disgreguen nuestros miembros, queremos la pulverización de nuestros pulmones, la podredumbre de nuestras llagas, nuestras trombosis o infartos cardíacos, todo, lo que sea...

Pero a cambio de que la sal del mundo se corrompa, y que esas manos sacerdotales, siempre blancas, siempre intactas, levanten cada día la hostia de nuestra agonía. Que seamos en tus manos una fruta de padecer que Tú prenses y estrujes hasta extraer la última gota de su jugo.

Hemos recibido en el Cuerpo Místico de Cristo una herencia gloriosa con sucesión al dolor, en cierto modo como los Obispos coadjutores. Jesús nos ha dado parte en su misión con sucesión sobre la Cruz; tenemos que suplirla y reemplazarle, somos los legatarios de su Pasión santísima...

Enfermos, hermanos míos, cuando el dolor nos sumerge anegándonos en sus olas de amargura, las olas flotan en el mar de la Misericordia...

¡Tenemos que neutralizar el mal!... ¡Tenemos que suscitar vocaciones de seminaristas, futuros Ministros del Altar!...

Todos los que recibimos el beso de la enfermedad, sepamos comerciar con el dolor!...

XI

TENEMOS UN SACERDOTE

Dice el Cardenal De Bèrulle, que en el Sacerdocio de Cristo está el origen y fontana de toda la santidad que anima a la Iglesia de Dios.

Ponernos en contacto con la santidad misma que es Jesús... a través de su estado sacerdotal..., es algo tan subido y altísimo, y a la vez, tan real y dogmático, que se facilita para llegar a nuestras almas, con la dulce invitación del incomparable santo de Fontiveros:

*"Y luego a las subidas
caverna de la piedra nos iremos",*

porque es para hundirnos en la sublimidad de esas inefables conveniencias divinas..., quebrada oculta en la profundidad de Dios, que sólo metiéndose muy adentro se disfruta; "nos iremos", tenemos que alejarnos de todo cuanto nos preocupa y respreocuparnos de nosotros mismos..., nos iremos... a lo interior, abintus...

Irnos..., irnos..., ¿dónde, hermanas?: a las cavernas de la contemplación de estos hechos divinos.

En el Antiguo Testamento, se emplea simultáneamente el binomio: Rey y Sacerdote, Rey y Pontífice..., en el Nuevo se nos ilumina el alma con la plenitud del Sacerdocio..., se le otorga su totalidad específica y aun para la fiesta de Cristo Rey, la Iglesia unge su

liturgia con la plenificación de *Sumo y Eterno Sacerdote*.

Hemos de hacer nuestra esta teología del Sacerdocio de Cristo, tan imprescindible, una de las verdades —quicio de los dogmas— eje de nuestra vida cristífera y de nuestra vocación de Iglesia. Sin Cristo Sacerdote ambas no pueden existir.

Cristo es Hijo de Dios. Cabeza de la Iglesia y Sumo Sacerdote..., no ha sido llamado a este poder sacerdotal por sí mismo: el Autor de su Sacerdocio es el Padre eterno que decretó y realizó la Encarnación.

La vocación de Cristo al Sacerdocio y su cumplimiento es algo que nace y fluye del seno del Padre como la misma Encarnación.

La vocación sacerdotal de Cristo es el *fin*, podríamos decir, el *principio y fundamento* del Dios humanado.

Jesús nace para ser Sacerdote, con Sacerdocio nacido del Padre...; almas que ansiáis la identificación con él..., Cristo es el llamamiento y vocación de Sumo Sacerdote..., esto es la esencia de El, su sustancia, su misión, su estado...

En Jesús, su Sacerdocio es su vida interior y su apostolado externo..., por ser Sacerdote nos redime, nos santifica y nos merece la gracia. ¡Unción consagratoria de Jesús..., Sacerdote para siempre!

Verdad de fe, honda y caudalosa, esencial en nuestro concepto de vida religiosa e irreemplazable en nuestra vocación de Iglesia.

¡Sentir la Iglesia, vivir la Iglesia! con entusiasmo inflamado, hasta el martirio, hasta el delirio, es la experimentación de ese Sacerdocio de Cristo.

¡Cristo *sustancialmente Sacerdote!*, nos enseña la Teología. Y hasta tal grado que el sacrificio redentor—su acto supremo sacerdotal—fue el acto formal en que se consumó la santificación de la humanidad...

Para San Pablo de la Cruz, es el supremo *acto sacerdotal* de Jesús..., y por él quedó constituido Cabeza de la Iglesia, que Santo Tomás llama en expresión bellísima “humanidad deificante”.

De modo —y esto conviene recalcarlo mucho, para formar *a otros* y para nuestro devoción interior— “*que no hay actividad santificadora de Jesús que no sea sacerdotal*”. Todo lo que El va haciendo en nosotros de santidad..., lo va haciendo como Sacerdote... ¿No veneramos su Sacerdocio? ¿No será el mayor atractivo de nuestras vidas?

Santo Tomás dice que: “toda gracia de Cristo implica una consagración sacerdotal o perfeccionamiento de ella.” Luego todo lo que recibimos de Jesús, todo lo que de El nos llega y se nos revierte, todo lo que nos comunica, lo recibimos por su Sacerdocio.

¡Bendito Sacerdocio de Cristo, *don* del Padre a la humanidad de Jesús, regalo de la Misericordia divina a la pobre humanidad nuestra!

Dádiva que debe llenarnos de gratitud, puesto que Santo Tomás mismo nos afirma: “que no exista una gracia cristiana que no sea sacerdotal.”

El Sacerdocio es una cualidad de Cristo, esencialmente teológica, una verdad dogmática indubitable..., Cristo es *sustancialmente Sacerdote*. ¡Ante todo y sobre todo Sacerdote!

San Pablo, que es el Apóstol soteriológico por excelencia, gusta de ver, saborear y estudiar a Jesús y su

Obra, siempre a través de su Ser de Sacerdote y de su Sacerdocio.

Si prescindimos del Sacerdocio de Jesús, estaríamos todavía sin redimir y sin salvar; si El no hubiera actuado como Pontífice, nuestra salvación no se hubiera verificado.

Cristo Sacerdote llena nuestra fe, nuestra dogmática, como su acto Sacerdotal llena nuestra Redención y llena la gloria santa.

Cristo se apodera de la humanidad para purificarla, para santificarla, para consagrarla..., así es nuestro Sacerdote.

Si el Verbo divino hubiera tomado carne humana sin relación con nosotros, solo, aislado, no hubiera necesitado esa gracia para derramarse sobre otros seres, pero desde el momento en que se encarnó para redimirnos, para salvar nuestras almas con su sacrificio, ha tenido que ser Sacerdote... Pontífice supremo, con gracia capital en la Iglesia.

Es sacerdote por nosotros y para nosotros..., por las almas y para las almas, en cuanto Cabeza de la Iglesia, "causaliter" por su filiación divina, "formaliter" por su capitalidad sobre el género humano.

La consagración sacerdotal de Cristo en el plan en que se realiza la Encarnación, es inseparable de su gracia capital, viéndole con la gracia, sustancia de la unión hipostática.

No hay actitud de Cristo que más directamente toque a las almas, que más las redima, ni las salve..., no hay gesto ni actuación que sea más cristífera que la sacerdotal, que es lo suyo-suyo..., es su condición.

Y un filósofo recién fallecido diría en su profana metafísica que es su "circunstancia"...

Todo esto pertenece a la contemplación del más subido amor que El nos tiene, y a la más calificada teología que podemos discernir..., son las cavernas donde el alma se embriaga, se absorbe y se transfigura..., hendidura de oración alta y retirada que nos llena el alma de esas efusiones de santificación y consagración que destila su Sacerdocio..., mosto de granadas..., torrentes del deleite de su comunicación, "muestras" que Dios nos da..., degustación de El mismo...

En el centro del Sahara, entre oleajes calcinantes de arenas amarillas y soledad sin voz ni eco de criaturas, Carlos de Foucauld, hace unas resoluciones para fijar sus sentimientos. Se liga a ellas con voto y las anota brevemente así:

"Donación universal a Jesús como Soberano Sacerdote..., a toda la vida y la obra de Jesús que muere de amor a su Padre."

Sin duda que esta alma exquisita había oído aquella misma queja que escuchó hace pocos años una Carmelita francesa: "Profundiza mis misterios... Profundiza en mi Sacerdocio."

Para todas las almas consagradas es también de modo especificísimo esta invitación de privilegio.

El actual Pontífice ha definido la Iglesia diciendo: "Es el Cuerpo Místico de Cristo Sacerdote."

Pues para la prolongación y vitalidad de Ella, hemos sido escogidas, misterio de amor y de bendición..., mosto de granadas del Sacerdocio abierto de Cristo, granada esférica y circular, porque no tiene principio

ni fin, granada gustosa con el jugo de esa fruición y deleite que dice el Santo son en el alma la redundancia de los conocimientos y mayores noticias de Dios..., vino adobado, son estos largos ratos de oración contemplativa, penetrando lo más íntimo de Cristo..., tragos de cielo que el Santo Doctor descalzo no titubea en llamar: "bebida del Espíritu Santo."

XII

CUANDO YO SEA LEVANTADO EN ALTO

El don total tiene sus pasos. Hay trechos más marcados que señalan distintos estados dentro del mismo don.

En los antiguos libros de caminos se puntualizaban con precisión las ventas, o posadas, como punto de arranque para etapas nuevas, y quizá también ese cobijo refrescante de una gracia blanca y soleada sea en el alma el comienzo de otro tramo mejor. Toda brisa de paz, nos empuja y acondiciona para una nueva andanza por montes pelados y resecos o por las tierras de labrantío escarbadas de surcos, vegas rojas y verdes, llanuras y cerros del camino interior.

Cuando se comienza a empezar "totalmente", no cabe duda que la intención del alma es darse sin reservas ni condiciones, pero entonces es todavía como niña pequeña y sus bracitos abarcan poco redondel. Su "todo" está medido por su tamaño y por su comprensión.

Poco a poco y lentamente, y en relación con la fidelidad diaria las luces se irán ensanchando y su panorama se dilatará.

Nos ha parecido encontrar tres épocas en estas vivencias de donación.

Podríamos llamarlas: a) de anunciación, b) de integración y c) de consumación.

Y todo comienza como en el día, como una amanecida luminosa, húmeda de fervor, de rociada inte-

rior, con toda esa fragancia de la moción divina que se nos ha insinuado. Sí. Hemos comprendido que para nosotras no podía haber limitaciones..., que El era nuestro todo..., y que queríamos para siempre dárselo todo a El. Y nuestro entendimiento se vio empapado de una claridad penetrativa y refulgente..., y nuestra voluntad fue movida por un empuje dulce y desconocido... Dios estaba a la puerta pidiéndonos el don total.

Así lo experimentó Consumatta, esa joven francesa cuya vida escribió el P. Plus y de cuyo diario son estas notas:

“El me ama y reclama mi amor.

Abismada en la contemplación de este amor que me penetra. Y tú..., hija mía...

¡Mira lo que me dan los hombres a cambio de tanto amor!

Ecce ancilla..., ecce minima..., ¡infinitamente pequeña!

Estoy envuelta en impurezas, en manchas, en apegos a la tierra, mas Vos podéis consumirlo todo en vuestro fuego de amor.

Podéis y queréis utilizarme para la salvación de muchos.

¡Oh, mi amor adorado!, ¿qué es lo que queréis de mí?”

Ya sobre esta alma ha bajado la luz inenarrable. El señor responde:

“Ahora..., repara..., agradece..., ama..., alaba..., déjate inmolar, anonadar y rehacer por Mí. ¡Unete a Mí por la renuncia a tu voluntad, a tus gustos, por

el esfuerzo constante para despojarte de todo lo que no soy Yo sólo!”.

... ..
“¡Oh, alma diminuta, Dios se sirve de ti para cosas grandes.”

“Vi la luz y oí la llamada. ¿Quieres ser tú esa insignificancia?

Necesito canales, almas *dadas* y consagradas, que no desean, ni viven, ni oran, sino para gloria de Dios..., no se precisa que sean almas grandes, sino almas *dadas sin reserva alguna*.”

Y Consumatta arrodillada recibe como la Virgen, toda esa gracia de anunciación y de entrega para siempre con estas palabras: “Recibe, Padre Santo, esta diminuta hostia que desea ser mi alma, recíbela con la oblación del Cuerpo de tu Hijo, y por El, con El y en El, sea aniquilada, inmolada y luego santificada y restaurada para gloria Tuya. Amén”.

Sabemos de almas que entendiendo con luz íntima toda la inmensa trascendencia de una oblación entera a Dios, han hecho unos días de Retiro para prepararse convenientemente. Otras se disponen con una confesión de corte y segregan la vida anterior de esa nueva existencia que se proponen... Si el alma es atenta y recogida..., el Espíritu sugiere y enseña...

Va luego el Señor entreabriendo abismos insondables, promesas regaladísimas, predilecciones íntimas recibe la voluntad de Dios en todas las menudencias, trata de ceñirse a todos sus deseos.

El amor que no se da totalmente es porque sólo se da a medias.

El amor tiene que elevarse, subirse sobre sí, superarse.

En el Evangelio Jesús nos anunció claramente que cuando fuere levantado en alto atraería a Sí todas las cosas..., y dos maneras tiene El de alzarse a nuestros ojos, dos posturas en que nuestra devoción y nuestra fe lo adora... La Misa y la Cruz.

Y no sabemos por qué en las almas, cuando principian su vida de donación, todo converge hacia el Altar. Saborean gustosamente aquellas palabras del Areopagita: "la vida de Jesús fue una Misa continua..., una constante celebración".

Sí, se ofreció porque quiso..., y tras El se ofrecen las almas que tienen como "un instinto de Misa", que es el saber encontrar constantemente la ocasión de su don total.

Así se ejercita la etapa de la integración, que recoge todos los granos dispersos de cosas, actos y sentimientos en la molienda y amasijo de una hostia sacrificial.

¡Qué bien lo vivió aquel Obispo del Sagrario Abandonado, el santo y ardoroso don Manuel González! El que decía: "Jesús se complace en que su Obispo esté en Misa perenne con El".

Todo en su vida se polarizaba en torno al Sagrario, y a la Misa.

Vivir su Misa era su lema, y no podía vivir sin su Misa, sin su oblación de cada mañana que se prolongaba todo el día.

Así exclamaba: "Corazón de mi Jesús, Sacerdote y Hostia, que yo me dé cuenta de que por ser miembro tuyo, estoy diciendo Misa contigo perennemente".

El P. Olphie Gaillard, S. J., en un párrafo que merece ser pensado a fondo hace este comentario: "Todo el que ama a la Iglesia, debe impregnar su mística de un *sentido de oblación*, porque para sostener el apostolado *no hay* aguijón, empuje, garantía, ni solidez como el de la *donación completa*. La espiritualidad misionera está centrada en la inteligencia práctica de la inmolación redentora, en el don total de sí mismo y su carácter se impregna de la irradiación del sacerdocio".

Y aquel parecer del Cardenal Suhard: "Cuando se pierde en el alma el sentido de oblación, nuestra piedad queda reducida a un humanismo devoto".

Poco a poco el alma va siendo siempre hostia..., va llegando al acto mantenido de don total; a su habituación, a esa potencialidad que la dispone a vivir la Misa en todos los momentos, como una adherencia continua al sacrificio de Cristo sobre el altar.

¡Oblación que nos instila e introduce en la misma ofrenda de Jesús!

¡Vocación específica para las almas llamadas al secreto del Ecce y del Fiat!

A cada acto la totalidad se amplía..., se ilumina una claridad nueva y luce un horizonte más afervorado y amoroso... Entonces se verifica la Misa a cada paso de la jornada, "haciendo verdad" nuestro ofertorio, nuestra consagración, nuestra comunión a los hermanos.

Y el don total se hace una delicadeza de integración que va simplificando al alma, elevándola en alto, como signo visible de generosidad.

Y el don total se resume, y

—es adoración,

—es entrega,

—es abandono,

—es súplica,

—es anonadamiento,

—es obediencia,

—es plenitud,

—es transformación...

Quizás alguien pudiera acentuar definitivamente lo pasivo como tono del don total. Como cosa que el alma recibe, sufre, padece o experimenta. Pero hay que tener siempre presente, que si bien en las almas de don total Dios parece más operante que en otras, no hay que negar el espacio necesario a la respuesta del alma a su contestación.

Por eso insistimos en este capítulo en el realismo práctico y vivencial del alma. Y aun todas esas comunicaciones contemplativas, no las recibe un ser que permanece extático allí donde la infusión divina lo ha traspasado, o el rato de unión lo ha sumergido..., sino que es una persona viva, con su mentalidad, su ideal, sus gustos, sus problemas, sus hermanos y su convivencia.

Toda la actividad divina reclama también una actividad humana, que unidas y conjugadas conducen a la plenitud y llanumbra de la consumación.

... ..

Cristo es alzado en la Hostia pura e inmaculada, en el silencio absorto y adorante de nuestras Iglesias, con el leve quejido amoroso de la campanita... entre

el parpadeo de los cirios y los ojos fervientes de la devoción.

Pero la Misa no es más que la repetición incruenta del acto inmenso y concluyente del Calvario, de ese ser levantado en alto, al golpe de crucifixión y desgarrar de miembros, chorreaduras de sangre, llagas entreabiertas, tendones y nervios estremecidos... y por dentro la fulminación del Padre, y el "maldito" de Dios...

En torno a lo que los autores clásicos denominan desposorio espiritual y como experiencia vivencial del mismo, tiene lugar en el alma la etapa cumbre de su integración en el don total, que es la "crucifixión mística".

Es la colocación estable en el heroísmo cristiano, es situarse en la "constante evangélica", es el misterio de la Cruz, incrustado en nosotros, marcándonos a sangre y fuego con un estigma indeleble de cristificación definitiva. Es algo que imprime carácter de una especial vocación del Señor. Y aquí el alma se hace signo también..., pero de otra manera, aquí la vida toma un matiz casi "sacramental" que más adelante aclararemos. Una vivencia teológica... Una vivencia sacramental..., es algo muy característico y muy propio de la donación completa.

Con sus raíces profundas hasta llegar al fondo de la peña, a esa hendidura, grieta, raja impenetrable donde anida quedamente la Trinidad...

Pero por fuera, a la vista de todos, de la caverna sólo brota un ramal, leño retorcido, patíbulo, cruz...

Cristo saboreó todos los amargores..., ¡qué paladeo quemante y ácido el de la tracción de Judas, el de Pedro..., el de todos los que se fueron...! Cuando se ha

dado vida a las almas, ¡qué ajeno exprimido el de la soledad de ellas!

Cristo ve que el sucesor suyo en "su fundación" le reniega y le huye..., que el respeto humano y el temor avergüenza a todos..., y bebe del cáliz ese que parece que está siempre hasta los bordes, chupadas repugnantes, tragos de infidelidad de todos esos..., los del siglo XX, que con fácil disipación le posponen y rechazan..., hieles, yoduros, sabores que dejan el paladar ansioso y resquemado...

Y luego dentro; dentro la resonancia de la maldición divina..., porque cargó con lo nuestro..., porque es mi Sacerdote..., porque forma como una especie de persona con los hombres y el Padre al pronunciarlos como reos, lo nombra a El que ha asumido el reemplazo y la ignominia.

Condición victimal de Cristo: hora definitiva de las almas "dadas".

¡Encarnación de la Cruz en el silencio más íntimo de una vida, llamada al heroísmo perpetuo!

No es ya la humildad que podemos escoger nosotros, posponiéndonos, postergándonos en un achicamiento sincero. No es ya la supresión de toda disculpa, el afán de quedar bien, la justificación de cuanto hacemos. No es la humillación que nos acusan los otros con palabras, gestos, determinaciones, caras desabridas, frases punzantes...

El auténtico "exinanivit" es el alma humillada por el mismo Dios, es el aniquilamiento de toda ella, por una descarga de luz sobrenatural, por una aplicación de rayos potentísimos que hacen saltar en pedazos el

“yo” y consumen hasta la medula y el cogollo del ser humano.

Es como una especie de “lavado cerebral”, donde tras violentísimas y crueles descargas de corrientes transformativas, el espíritu adquiere una mente nueva, casi una recién nacida personalidad, que ignora las vilezas y orgullos ya pasados.

¡Qué son nuestros electrones, nuestras bombas atómicas, nuestros globos de cobalto..., frente a esa sustancial y supersónica “energía de Dios”!

Todas las destructivas irradiaciones atómicas, todos los alcanzamientos del hidrógeno, no esbozarán jamás lo que supone esa incomparable acción del Omnipotente cuando quiere deshacer el alma de su lacra pecadora y sublimarla hasta la unión transformante, hasta su bellísima deificación.

Muerte mística y nacimiento divino, lo llamará San Pablo de la Cruz.

Compenetración con la propia miseria, focos de iluminación sobre nuestro orgullo y soberbia.

No es posible describir esta etapa que sólo la experiencia entiende.

Su “traducción a las pobres palabras nuestras no hay quien lo logre, pero vamos sencillamente a reproducir el testimonio de un alma; su vivencia facilitará eso que queríamos decir”.

.....

Medina del Campo, allá por los años 1616.

En las Agustinas de la Recolectión hay una monjita dulce y escondida. Entró de muy niña, cuando era el encanto de sus padres y abuelos, patrones del Mo-

nasterio, con una entereza y decisión que pasmó a todos.

El lustre de su casa, su educación esmeradísima y un comenzado florecer de bellas prendas personales, unidas a su fervor y devoción, hacían que todos augurasen a la futura Marquesa de Falces, convertida ahora en suave novicia, una vida religiosa feliz y dilatada.

Pronto sería Abadesa y su influencia de la Comunidad y sus dotes de gobierno llevarían al Convento una era nueva y venturosamente fecunda.

Y así será..., sólo que por otros caminos. A Dios le sobra todo lo que nosotros parecemos necesitar. El trastorna las vidas para un logro aventajado sobre todas nuestras ambiciones.

Sí. Sor Ana de los Angeles levantará su convento..., pero después de muerta y cuando su vida destrozada haya abandonado con su pudrimiento, una nueva primavera.

Antes se encontrará anulada, deshecha, reclusa, entre envidias, persecuciones, injusticias de religiosos y seglares. Y el Señor, por su parte, mandará enfermedades, pruebas de espíritu, escrúpulos incontables, toda la gama de depuración para la transformación endiosada.

Ana de los Angeles padecerá también por la animosidad de los confesores influenciados por chismes y prejuicios, por su soledad y aislamiento y por la pérdida total de su fama y prestigio.

Y todo aquello en que tanto se fundaban vino a tierra como de un soplo. Su temperamento rectilíneo, su observancia exigente, el ambiente de caballerosi-

dad y señorío en que había nacido levantarán incomprendiones, celillos, durezas y frotación en algunas más anchas en la disciplina y reglamento.

Y toda su gentileza de sentimientos y su fina exquisitez, afilarán aún más la sensibilidad para su cotidiano y penoso martirio doméstico.

Sin salir de sus muros y tapiales, sin estruendo de hazañas, quiere el señor que Ana le sirva muy fiel y delicadamente, glorificándole más que con sus hechos, con el don de sí misma.

Y en la oración empieza a recogerla y gusta un silencio y una paz que la alejan de todo.

Hasta que un día "me mostró el camino por el que deseaba conducirme y era de muy altas y empinadas cuestas, con unas hondalizas bajas y tenebrosas que metía grima y horror caminar por ellas".

La joven descalza acepta a pesar de su espanto. Y el Señor lo recibe.

Nos ha dejado una relación autobiográfica de su vida fresca como zumo de frutas recién cortadas. Tiene todo el jugo de lo espontáneo, pues ella escribía sólo para su director, un sacerdote secular muy experimentado.

No era de la Orden, porque durante muchos años fueron imbuidos contra ella y contribuirán también a su penar. Sólo al final, Dios permite que el Provincial sea el primero en comprender toda aquella virtud tan heroica y oculta. Entonces la venerará como una santa, pedirá sus consejos y recibirá el mensaje apagado de su oblación silenciosa.

Y los Agustinos serán también los primeros en sostener a su fallecimiento aquella nueva reforma-

ción y pujanza que comparaciones mujeriles y antipatías humanas no la permitieron realizar.

Pero para ésta faltan aún treinta años.

Ahora Ana de los Angeles escribe en su celda apartada; sin adobos ni salsas, "al natural", con una sencillez libre de todo artificio, poco corriente en la hagiografía de aquella época.

Y hace allí su acusación de que le "costó pusiesen antes que ella a una descalza más moza en edad y religión", y que siente no le dejen las llaves ni el torno por desconfianza, ni le den oficio por no fiar de ella".

Y un rasgo tierno e ingenuo.

Ya está tuberculosa y el médico receta leche de cabra recién ordeñada —dietética, sin duda, a la usanza del tiempo—, pero las monjas se oponen "porque temen que el animal en casa se coma las enredaderas y guirnaldas del jardinillo", y Ana Felipa de los Angeles, que ha resistido cosas duras, llora aquella noche despaciosamente..., "porque las hermanas aman más el jardín que a ella".

Así de humana.

Y el Señor la comprende.

Ana está acostumbrada a que el Señor la reprenda por las más leves faltas. La noche de la cabra se está temiendo una magna reprimenda divina. Y se postra para el examen en la tribuna, sobre la iglesia cenicienta y callada.

Las monjas se han escandalizado de su sensibilidad, la quieren inalterable como si fuera de piedra y opinan que es extremosa y con melancolía.

No se acuerdan del Huerto con los olivos grises

y compasivos. Pero Jesús... ¡Sí!... Y cuando ella pide perdón le responde: "Hija, no temas sentir... que no me desagradas... Yo no te quiero *insensible*, sino *fiel*".

El Señor la estimula, la exige..., ella va dándole. Hay cambios en la Comunidad y cada vez comprenden menos su camino, la creen altiva, terca y desdenosa.

Y mientras, la asaltan tentaciones insospechadas, entre ellas la de pedir dispensa de sus votos, salir a su casa amplia y sosegada, vivir en oración protegiendo pobres y haciendo largas limosnas y... todo esto *en paz*.

¡Cómo se alarga ese fantasma importuno que la impulsa a bajar de su Cruz!

Hasta que llega un momento crucial y definitivo. Sólo una decisión heroica puede mantenerla en la brecha. Y el Señor la espera.

En la oración del atardecer Madre Ana siente unos particulares deseos de *total perfección*. Entonces puesta en muy íntimo recogimiento el Señor me mostró un nuevo camino sin comparación mil veces más penoso. Y me dijo: "Ana, has de vivir en *nuestra vida* y sólo para Mí.

Ya es hora de que ejercites las virtudes del *más perfecto modo y me des el mayor amor posible...*, empieza la vida perfecta *ejercitándote en lo heroico*."

Y pocos días después la confirmación definitiva: "Ven, Ana, a lo más alto de la perfección para que te escogí, entra por el camino más apretado del padecer a mi imitación, que quiero tratarte en unión íntima y con amor misericordioso y fiel... Entiende cuánto más te amo, pues así te asimilo a Mí".

Y Ana dio el paso en el vacío, en el abismo, ese momento de don total que a veces se alarga mucho tiempo, porque más que momentos son estados de espíritu. Ana vive así unos tres años. En heroísmo seco y mantenido.

Y luego ya empieza la vida a retoñar. Y comienza el brote de dos enfermeras que le dan para su asistencia, abnegadas y fervientes, que se ponen bajo su dirección espiritual.

Quince años después la mayor de ellas será Abadesa dignísima y la segunda Maestra de Novicias, y ambas verdadera prolongación de la Madre Ana, levantarán una eclosión de fértil vida nueva en el Monasterio que tuvo la dicha de albergar un alma de don entero como Ana de los Angeles.

Porque la proyección de una entrega así, de verdad, siempre alcanza muy lejos.

Estamos ahora bajo los rayos de aquella capuchina, Consolata Brentone, a quien con frecuencia aludimos, y que fue solicitada así para su donación:

"Experimento una necesidad urgente de "darme" al Señor tal como El me desea, esto es, *totalmente, pues sólo así corresponderá al plan divino*".

Sor Consolata es querida y apreciadísima en su conventito de Moriondo. No serán tanto las criaturas quienes la ejerciten como ella misma. Dios la exige un detalle de filigrana y miniatura...

Llega un momento en que la fidelidad a todo lo que ve es casi insoportable. Tiene también que saltar definitivamente. "En todos los acontecimientos internos o externos quiero ver la acción del Espíritu Santo que desciende sobre mí, para trabajar en santificar-

me..., y tengo que corresponderle con una exacta fidelidad, pues he notado que cuando me empeño en serle fiel infunde su gracia sobre mi alma... por eso digo siempre SI a todo con el amor posible..., pero no basta *dar*, hay que no volver nunca a tomar lo que *una vez se ha dado*".

Y un día, en lo más recio de la etapa heroica, tuvo el consuelo de oír a Jesús que le decía: "Consolata, a quien *se me da... ¡Yo me doy!!*".

Sor Angela de la Cruz, insigne fundadora sevillana, vivió como vocación muy personal ese estado heroico de crucifixión. Ya escribimos sobre ello.

Veía una alma sola, al pie de la Cruz, en la penumbra cóncava de una noche sin luna. Instante oscurecido de alma que se reduce a la nada bajo la luna impulsiva puesta en marcha de Dios. Agoniza a su fama, a su iniciativa, a su fisonomía espiritual, a esos mismos ensueños divinos, a su estilo de trato con El..., a las grandes empresas de su gloria, fracaso absoluto, vaciedumbre exhaustiva, que alcanza hasta la misma medula del espíritu.

¡Santidad del no ser! Sí. Sor Angela y como ella todas las almas totales, la intuyen como el reflejo más directo de Cristo, como la participación de su espíritu sacerdotal, como lo más de su entrega al Padre.

Cristo no se perdonó a Sí mismo... ¡Hay que meditarlo mucho, despacio, sin prisas... Cristo se anodó, se impersonalizó, se deshizo!

Y mientras muchas almas ungidas y dedicadas a su amor tratan de mantener derechos, lo que llaman consideraciones debidas, una especie de "honra de representación"... olvidan que la diplomacia de Cristo

es estar hecho gusano y no hombre, ludibrio de los hombres, oprobio de la plebe..., y aunque seguimos obstinándonos en la defensa del ser... ¡Cristo exinanivit semetipsum...! ¡El! ¡Verbo del Padre, figura de su Sustancia!

¡Exinanivit semetipsum! Sólo para el alma que rasga, corta, se decide y pisa estos umbrales de heroico anonadamiento, se abre la clausura definitiva del Misterio de la Cruz..., sólo cuando el orgullo ha sido atravesado por el aniquilamiento, es asumida por Cristo para participar en la Redención, para ser admitida en la Sociedad del Padre, del Hijo y del Espíritu!

Núcleos de almas así, en situación-límite de muerte propia son las que redimen al mundo; ¡un grupito de almas desposeídas, despojadas, enroladas en la definitiva humillación son las que precipitan el Amor sobre la tierra!

Pero es el momento en que el don total cruje y se resiente. Hemos visto a cientos de almas llegar a este borde; sólo unas cuantas hemos conocido que se hayan arrojado al fondo.

Y hundirse, anegarse en la *humillación del todo*, es ser subida y ascendida por el Todo, es la elevación ascendente y victoriosa, magnífica e incomparable.

Entonces es cuando el alma es alzada con Cristo en un desgajamiento impresionante, cuando con los brazos extendidos a todo padecer nos da la efusión desbordada de su totalidad..., la redundancia de su traspasamiento.

El heroísmo hay que vivirlo a solas, es intransferible, nadie nos sustituye en él..., ni siquiera María

Santísima pudo reemplazar a su Hijo sobre la Cruz. Es la cita personal..., es "nuestra hora", aquella en que entre impresiones y desconciertos incomparables..., todo se atrae hacia sí...

Y de modo oscuro se atraen las almas, la vida, la fecundidad y se atrae la consumación en la Trinidad... ¡La última y decisiva etapa sólo comienza cuando en el heroísmo del Calvario ha salido el alma de sí, para entrar en el infinito de Dios!

XIII

DIOS, ESE ABSOLUTO...

Dice el Cardenal Manning que el dogma es la fuente de la verdadera devoción y también el manantial de toda entrega verdadera. El don total es la actitud que toma el alma frente a la Teología de Dios.

Conocer que El es el Absoluto, determina a no repartirse entre lo relativo. Saborear que El es la Esencia única centra en la plenitud del Unico que es.

Dios se da a su propio todo..., y a nuestra pobre *nada*.

¿No es justo y razonable que el *todo* de esa *nada* se le retorne entero?

Si algún día regresáremos íntegramente a El..., ¿no será más bello hacerlo desde ahora, por pasos espontáneos de amor, antes que por un último encuentro en Sí mismo?

¡¡Dios es el Ser Supremo..., la Causa Primera..., la verdad Unica!!

Lo Absoluto que domina toda la síntesis teológica de Santo Tomás, es lo absoluto del Ser divino.

No somos abejorros para jugar satisfechos con un hilo de sol, necesitamos la luz, toda la luz, el Ser y toda su llenumbre.

Dios es su misma saciedad..., encuentra en Sí el colmo y el reboso, la Aseidad de su naturaleza. Si todo un Dios..., realidad única..., Verdad suprema, se abreva en Sí y se llena y satisface..., ¿no encontraremos en El también toda nuestra saciedad?

¡Sí! Cuando El penetra el alma, la sustancia, la esencia..., ya no puede anhelarse más ni en el cielo ni en la tierra, un instinto de adoración abismada nos envuelve, y la majestad nos circunda.

Es que el Ser subsistente nos hace tocar nuestra nada.

Y El es el Dueño, el Creador, el Máximo..., es en Sí mismo el Todo.

Dios lo encuentra todo en Sí mismo..., ¿y yo, qué es lo que voy buscando fuera de El?..., ¿una persona, una situación, una pasión, un cariño?

¿Es mi vida, *toda la verdad para la Verdad?*..., ¿o somos verdad relativa, para unas relativas verdades?

No verdades a trozos, ni por yardas, ni por kilos..., sino la Unica Verdad, porque lo relativo ya no es lo Absoluto, y lo que no es sobrenatural, ya no es Dios...

Por eso Santo Domingo para cifrar en su blasón la cumbre de la Teología y de la mística escribió esta sola palabra: "Veritas".

La primera exigencia de lo sobrenatural en nosotros es esa idea de dominio, de posesión, de saciedad en Dios que es la clave de la *Summa* de Santo Tomás.

... ..

En una de esas encrucijadas anímicas y filosóficas de la juventud, Gratry sintió una vigorosa contracción, un reflujo de su vida hacia el centro..., y le pareció que entraba dentro de sí mismo, en una profundidad insondable y extraña.

Por primera vez entreveía algo sustancial y definitivo. Algo que sobrepasaba los límites del universo..., algo tan grande y tan poderoso que se llama Dios...

Y Gratre no pudo resistirlo, porque ante él perdían

sentido todas las cosas, porque era la Verdad..., y todo lo restante le parecía nulidad: "con alegría inmensa, con indecible transporte encontré la felicidad que me bastaba..., y extendiendo mi mano hice un voto muy firme de consagrar mi vida a la verdad".

¡Qué belleza incomparable la de este encuentro del intelectual, del hombre del pensamiento y Dios..., ese Absoluto!

Quizá a pesar de nuestra piedad no nos hemos encontrado nunca así, experimentándolo como el Todo..., y haciendo morir a sus pies la esclavitud en que nos tenían pequeñas y diminutas nada..., esas nada de nuestras apetencias humanas.

Si El se basta a Sí mismo..., ¿no me bastará a mí?

Estábamos como multiplicados, repartidos, puestos y derramados en muchas cosas, pero tenemos que centrarnos sólo en Dios. La *totalidad*, el don de todo nuestro ser, nos recupera, nos restituye, nos devuelve al Señor.

Cuando después de pensarlo bien, saturados de esa magna idea del Absoluto de Dios, el alma formula de un modo firme y para siempre su acto de don total, su voluntad de entrega es, como un *recrearse* de nuevo, como un renacer para la vida absoluta en Dios.

Esta es una verdadera renovación aguda e incisiva que verifica en nosotros el paso a una vida en plan de perfección.

El don total es el vértice de la caridad porque es amar a Dios sobre todas las cosas, y es medio próximo para la santidad porque unifica nuestro obrar con el divino.

Cuentan de Ana de San Alberto, que un día des-

cribió así a San Juan de la Cruz: "Anda siempre meditado en la Trinidad".

Y nos imaginamos al frailecito descalzo, tan apacible, tan interior, tan abstraído de todo, cruzando por sus cargos de Provincial, Prior, Definidor, y también de depuesto, de fracasado, hasta de encarcelado en Toledo y arrinconado en Ubeda, viviendo siempre a lo divino, teniendo en cada momento su alma entera y libre para Dios sólo..., como él supo cantar:

*"en mi pecho florido
que entero para El sólo se guardaba..."*

Pero es aquí el corazón, el querer, la voluntad o intención que se guarda y defiende para Dios sólo.

Ese Absoluto del alma, que el don total tiene a gala de conservar intacto para Dios, sin partirlo ni desmigajarlo, y que nos integra, nos mete en la plena vida sobrenatural.

Pero la primera y radical de todas las exigencias sobrenaturales es esta que estamos considerando: Que el Unico Ser es Dios y la vida esencial es la vida de El en nosotros y de nosotros en El.

Que eso es ser absolutos en minúscula, para el Grande Absoluto.

Que el peligro de nuestro tiempo es dejarnos arrastrar por la corriente sin saber bien a dónde se va, perderse en el torbellino de la masa, disminuir la visión del Absoluto..., y quedarnos con lo provisional, con lo pasajero, con la eventualidad.

En el momento actual se desliza por las almas más finas y delicadas un atractivo de don total..., es algo

íntimo y realizador, que abarca las luces y fundamentos dogmáticos, las renunciaciones ascéticas y las místicas y transformativas uniones.

Darnos prácticamente es un acto moral y ascético.

Pero darnos porque “conocemos y penetramos” a Aquel que es Don, es una operación teológica y contemplativa: Todo se unifica y confunde en el don total con tan armoniosa y quieta fusión que no se siente dónde termina la ascética y comienza la mística, todo es una clara y fácil vivencia teologal.

Dios tiene el Absoluto en Sí mismo, es Don incesante que incesantemente se nos da..., nacemos por un Don suyo efusivo y volvemos a El por un Don suyo de permanencia.

Nuestra vida comienza cuando Dios se nos da en vitalidad y termina cuando se nos entrega cara a cara..., de don a don, vivimos un tramo en que somos libres de negarnos a dar...

Precisamente el encanto de decir SI, es porque podemos decir NO.

El gozo de *darlo todo*, es porque somos libres de *negarlo todo*.

Porque es necesario que alguno sea en mí más que yo. ¡El, sólo El!

Cuando el alma se ha integrado en El, en el grado marcado de antemano por Dios, vive de lleno en santidad.

Desde el día venturoso y feliz en que se decide a darlo todo, el círculo de su ofrenda..., a los comienzos principiante y pequeño, se van ensanchando, con una dilatación maravillosa y progresiva.

Cuanto más da un alma, más luces tiene sobre el incremento de su donación, y como un grado de caridad dispone para otro grado superior y más alto, una vivencia de don total aumenta la capacidad para otro grado de entrega más amorosa y subida.

Es la incesante acumulación con que amontona y acrece amor y más amor.

La perfección del alma consiste en la perfección de su caridad y no hay caridad perfecta, si no es *totalitaria*.

Totalidad en el *suprimir* (es la parte negativa del don total): corte del pecado grave, de la falta voluntaria, de la infidelidad, de la inclinación torcida..., procurar que las culpas habituales pasen a ser raras y espaciadas; filtración de pasiones, bajos fondos de envidias, rebeldías, soberbia semiinconsciente..., toda esa labor desinfectante para llegar a la pureza y nitidez del alma virginizada.

Pero basta lo negativo, y se propone lo positivo a su vez. Fidelidad a la Ley de Dios, a sus voluntades especiales, al deber, inspiraciones de la gracia, ese susurro que mansamente insiste pidiendo... gustos, ideales, iniciativas..., esa palpitación de unas circunstancias...

Un alma que viva bien su don total, lo hará pasar a todas sus obras, y se respirará en toda su existencia la "disponibilidad" con que se ha puesto en las manos de Dios.

La santidad es siempre un asunto de entregas: dar y darse.

Darse a medias o darse del todo. La calidad e intensidad de nuestro don es la de nuestra caridad. El

termómetro de la perfección lo marcan los grados de nuestra donación.

Así el alma de don total tiene delicadezas y filigranas exquisitas en su entrega, no sólo no se reserva nada, sino que se le enciende dentro una lámpara de gran voltaje, que le descubre los detalles y tonos que aún le quedan, para "totalizarse" en el amor.

Es una exigencia fuerte, pero dulcísima. Es toda la divina seducción inclinada sobre el alma que puede exclamar como en la Escritura:

"Tú me has seducido, Señor, y yo me he dejado seducir".

La seducción de Dios es el incomparable imán y sortilegio de lo divino.

Las almas que tienen ese candor de la entrega absoluta han de pasar a veces por necias o bobas, delante de cierto sector espiritual que critica: ¡es excesivo... es demasiado!

Son el doblaje de Magdalena.

Siempre temen ser exagerados cuando se trata de Dios.

.....

Hay dos maneras de totalidad.

Una, la totalidad negativa, cuando ya no queda nada que dar y se ha agotado todo en la donación...

Otra, la totalidad positiva, cuando después de cuidar de que no quede nada por dar: apegos, arreglitos, pasiones casi inconscientes, se busca también con delicadeza, con mucho amor: la mayor perfección en el dar.

Dar buscando la mayor intensidad en los actos, la más fina delicadeza en los procederes, la más per-

fecta realización en la práctica. Y sobre todo los más altos y levantados motivos de amor.

Son como espacios dilatados y espaciosos, abiertos a toda alma sedienta de santidad y de entrega.

Y ese dar a Dios lo que va pidiendo, lo que pide en el momento presente, debe andar salpicado de placidez y ensanchamiento.

No hay congojas ni apreturas en el amor.

Vivir de asiento en el don total, estanciarse el alma en su intimidad trinitaria es algo tan "esencial" que siempre revierte ríos de paz, de seguridad y de confianza.

Si hay algún fallo, accidental, como de paso, algún descuido de nuestra espontaneidad, tal vez cansancio de la voluntad enfermiza, no debe preocuparnos ni abatirnos demasiado.

Lo importante es reafirmar de nuevo su determinación profunda, volver a formular nuestra estabilidad en el don, empalmar de nuevo la fijeza.